
	INSTITUCIÓN EDUCATIVA HÉCTOR ABAD GÓMEZ		
	Proceso: CURRICULAR	Código	
Nombre del Documento: Planes de mejoramiento		Versión 01	Página 1 de 1

ASIGNATURA /AREA	FILOSOFÍA	GRADO:	UNDÉCIMO
PERÍODO	PRIMERO	AÑO:	2023
NOMBRE DEL ESTUDIANTE			

LOGROS /COMPETENCIAS:

- Identificar los elementos fundamentales del pensamiento post-socrático en relación con su vida personal.
- Comprender, a partir de argumentos, el problema de hallar un fundamento sólido a nuestras pretensiones de conocimiento y el problema de establecer los alcances de nuestra capacidad de conocer.

EL FILÓSOFO COMO MÉDICO

Hacia el final del siglo I de nuestra era, un antiguo esclavo, oriundo de Asia menor y de quien no sabemos siquiera su verdadero nombre, fundó una escuela de filosofía en una nueva ciudad situada en la costa occidental de Grecia. No acudió allí por voluntad propia; lo desterró de Roma, junto con todos los demás filósofos, el emperador Dominiciano, quien consideraba a estos intelectuales una amenaza potencial para su gobierno. La ciudad se llamaba Nicópolis y lo había fundado un siglo antes Augusto. Al esclavo se le conocía por el nombre de **Epicteto**, que en griego antiguo significa «ganado», «adquirido». La escuela de Epicteto atrajo a muchos estudiantes y personalidades insignes durante el tiempo que permaneció activa. Una de ellas fue el emperador Adriano, que apreciaba la filosofía bastante más que ciertos predecesores suyos. Epicteto no escribió nada. Fue uno de sus discípulos, Arriano, un joven que se convertiría más tarde, por méritos propios, en un importante historiador, quien anotó las conversaciones mantenidas en la escuela y las desarrolló después de redactar las *Disertaciones*. En ellas Epicteto es muy claro en cuanto al papel que debe desempeñar el filósofo. Este, nos dice, es un médico, y la escuela donde enseña es un hospital, pero un hospital para las almas.

Tal concepción de la filosofía no era nueva; se remontaba, cuando menos, hasta Sócrates. En los primeros diálogos platónicos, Sócrates sostenía que la tarea del filósofo es cuidar del alma tal como el médico cuida de los cuerpos. No debemos entender aquí por «alma» algo inmaterial, inmortal o sobrenatural. En este contexto, el alma equivale a la mente, los pensamientos y las creencias. La tarea del filósofo es analizar y evaluar las cosas que pensamos, examinar su coherencia y su poder de convicción. Y casi todos los filósofos, antiguos o modernos, estarían de acuerdo con esto.

Para Sócrates, y para los estoicos después, preocuparse de cuidar el alma era lo más importante, pues de su estado depende, básicamente, nuestra calidad de vida. Sócrates fue célebre por reprocharles a los atenienses que prestaran tanta atención a sus cuerpos y posesiones y tan poca a sus almas, es decir, a sus principios y a su conducta, ya que la clave de una vida buena y feliz,

según él, reside en esto dos últimos factores, no en los primeros. En una importante argumentación, que los estoicos apropiarian después, Sócrates demostraba que algo tan espléndido como la abundancia de riquezas es en realidad algo inútil, despreciable. Más exactamente, afirmaba que la riqueza material tiene un valor neutro, puesto que puede utilizarse tanto para el bien como para el mal. El dinero en sí no es ni bueno ni malo. Que se use en uno u otro sentido depende del carácter de quien lo posee. Alguien virtuoso puede emplearlo en hacer el bien y alguien que no lo es tanto puede resultar muy dañino a causa de sus riquezas.

¿Qué nos dice esto? Nos muestra que el verdadero valor –la fuente de lo que es bueno o malo– reside en el *carácter* del dueño del dinero, no en el dinero mismo. Nos indica también que prestar demasiada atención a nuestra riqueza, a nuestras posesiones, y descuidar nuestro carácter es un grave error. El trabajo del filósofo es procurar que nos demos cuenta de esto y, luego, ayudarnos a curar nuestras almas y a sobreponernos a todas nuestras flaquezas.

Se deduce, pues, de lo anterior que debemos cuidar *solo* de nuestras almas y volvernos indiferentes al éxito humano, al dinero o a la reputación. De hecho, los estoicos llamaron «indiferentes» a estas cosas. Solo un carácter excelente, virtuoso, es genuinamente bueno, afirmaron, y solo lo contrario, un carácter desalmado, es malo; lo demás únicamente es «lo indiferente». Algunos filósofos posteriores a Sócrates pensaban así. Los cínicos, por ejemplo, cuyo representante más famoso fue Diógenes de Sinope. Diógenes, de quien se decía que había vivido –durante un tiempo, al menos– en un tonel, como un perro callejero, perseguía la virtud, la excelencia, a expensas de casi todo, y propugnaba un modo de vida simple, en armonía con la naturaleza. Se dice que un día, al ver a un niño beber agua con las manos, exclamó: «Una criatura me ha vencido con su sencillez», y acto seguido se deshizo de una de sus escasas posesiones, su taza.

A Zenón, el primer estoico, lo sedujo durante un tiempo la visión cínica del mundo, hasta que empezó a quedársele corta. Sócrates había dicho que el dinero puede usarse para el bien o para el mal, pero, si uno carece de dinero, carece, en consecuencia, de la capacidad de hacer el bien con él. Como señaló Aristóteles, algunas virtudes requieren cierto grado de riqueza, como la generosidad o la caridad. Y no solo eso, sino que Diógenes, con su rechazo activo de las posesiones, parecía no ajustarse a la afirmación de que tales cosas no son más que meros «indiferentes». Si el dinero es de verdad indiferente, ¿por qué ha de preocuparte entonces si estás en la ruina o nadas en la abundancia? Diógenes parecía sostener que siempre era mejor ser pobre que rico. Y no es difícil percatarse de la huella que esta alabanza de la pobreza dejó en la tradición cristiana posterior.

Pero Zenón no pensaba así. Diógenes había dicho que debemos vivir en armonía con la naturaleza, mientras que Zenón afirmó que, para nosotros, es del todo natural ir en pos de las cosas que nos ayudan a sobrevivir: comida, refugio, todo lo que es bueno para nuestra salud, las posesiones que contribuyen a nuestro bienestar físico. Eso hacemos, y no hay ningún motivo para sentirse mal por ello. Perseguimos la prosperidad material porque nos asegura la supervivencia.

En el lenguaje cotidiano diríamos que todas esas cosas que nos hacen bien son «buenas», pero Zenón, en la estela de Sócrates, reservaba la palabra «bueno» para el carácter que ha alcanzado la virtud y la excelencia. Valoramos estar sanos, tener bienes materiales y ser respetados, pero ninguna de esas cualidades es «buena» en el sentido en que lo es un carácter que ha alcanzado la excelencia. Esto llevó a Zenón a denominar a estas cosas «indiferentes preferidos», dado que preferimos la riqueza a la pobreza, la salud a la enfermedad y el respeto al desprecio. Claro que sí. ¿Por qué no habríamos de hacerlo? Sin embargo –y esta es la clave–, precisamente porque un

carácter virtuoso es lo *único* que puede llamarse en puridad «bueno», jamás debemos comprometer nuestro carácter en la búsqueda de tales cosas, ni debemos creer que ellas, por sí mismas, nos harán felices. Aquel que va en pos del dinero no porque garantice la supervivencia, sino porque piensa que, solo por tenerlo, vivirá una vida feliz y buena, está seriamente equivocado. La persona que compromete su integridad por la búsqueda de fama o dinero comete un error más grave aún, porque daña su carácter –lo único que puede ser «bueno»– en aras de un mero «indiferente».

Estas son algunas de las cosas sobre las que disertaría Epicteto en su escuela de Nicópolis. Sus alumnos, probablemente, fueron los hijos de la élite romana que estaban a punto de embarcarse en carreras administrativas del organigrama del imperio. Es de esperar que las lecciones recibidas los hicieran mejores personas.

Pero ¿qué significa cuidar de nuestra propia alma? ¿Qué implica tener un carácter excelente? Lo diré con una palabra pasada de moda: ser virtuosa. Esto es: ser sabio, justo, valiente y moderado, las cuatro virtudes cardinales para los estoicos. Eso es lo que significa tener un carácter bueno y ser bueno como humano. Es verdad que todo esto de la «virtud» suena, de entrada, un poco moralista, pero es posible entenderlo de un modo más descriptivo. ¿Qué es un buen ser humano? ¿Se puede hablar de alguien bueno como se habla de una buena mesa o de un buen cuchillo? Una buena mesa es, por definición, aquella que cuenta con una superficie estable; y un buen cuchillo es aquel que corta bien. Si los humanos son, por naturaleza, animales sociales que, desde su nacimiento, forman parte de familias y de comunidades, entonces un ser humano bueno será aquel que se comporte de un modo sociable. Alguien que no lo haga, que no se comporte bien con los demás, que no haya desarrollado, en suma, los rasgos de justicia, valentía y moderación en su carácter, no será, pues, un buen ser humano. Y si carece por completo de esos rasgos, ni siquiera puede hablarse, en rigor, de humanidad. «Es un monstruo», diríamos de quien ha cometido crímenes abominables contra el prójimo.

Nadie desea eso. De hecho, los estoicos toman también de Sócrates la idea de que nadie *elige* ser despiadado y desagradable. Todo el mundo va en busca de lo que *piensa* que es bueno, aunque la idea de algunas personas acerca de lo que es bueno o beneficioso para ellas esté completamente distorsionada. Y aquí es donde el filósofo vuelve a ser necesario. Su tarea, concebida como una medicina del alma, es hacernos examinar nuestras creencias sobre lo bueno y lo malo, sobre lo que pensamos que nos beneficia y sobre lo que consideramos necesario para disfrutar de una vida buena y feliz.

Para los estoicos, una vida buena y feliz es aquella que está en armonía con la naturaleza. Por ahora, diremos solo que este pensamiento implica vivir en armonía con el mundo natural externo (la naturaleza con mayúsculas) y con nuestra propia naturaleza, la humana. Hoy en día se nos anima a creer que las personas somos, en esencia, competitivas, egoístas, y que no miramos más que por nuestro propio provecho. La visión que los estoicos tienen de la naturaleza humana es bastante diferente, más optimista. Creen que, si a los humanos se les permite elegir, tomar sus propias decisiones, entonces, de un modo natural, maduran, se convierten en adultos, racionales y virtuosos. Somos, por naturaleza, animales razonables y decentes. Muchas son las cosas que pueden interferir en nuestro desarrollo, que pueden interrumpirlo. Por supuesto. Y cuando esto sucede, nos vemos viviendo una vida que no está en sintonía con nuestras inclinaciones más profundas. Nos convertimos en seres infelices.

Es entonces cuando un filósofo-médico puede ofrecernos remedios que nos devuelvan a la senda adecuada. Uno de esos remedios es volver a conectarnos con lo que significa realmente ser

humanos y con el modo de vivir que ilumina ese conocimiento. Para ello, lo primero será prestar atención a cómo se encuentran nuestras almas, tal como Sócrates les pedía a sus conciudadanos. Es decir, nuestras creencias, juicios y valores. La primera lección es, pues, que si bien hay aspectos externos de nuestra vida que nos gustaría cambiar, debemos prestar atención también a cómo pensamos.

ACTIVIDAD

I. MOMENTO DE LECTURA LITERAL:

1. Dada la estructura argumentativa del texto, extraiga las palabras claves y enumere las ideas centrales que lo estructuran.

Nota: para resolver la instrucción 3 es recomendable que se realice una lectura previa de acercamiento y una más para resaltar las ideas importantes. Esto le permitirá seleccionar la información y aprender a identificar los componentes fundamentales de este tipo de textos.

II. MOMENTO DE LECTURA INFERENCIAL:

2. ¿Qué argumentos plantea el texto para justificar el título: “El filósofo como médico”?

3. Explique en sus palabras las siguientes afirmaciones del texto, teniendo en cuenta su lectura total:

- «Para los estoicos, una vida buena y feliz es aquella que está en armonía con la naturaleza».
- «Uno de esos remedios es volver a conectarnos con lo que significa realmente ser humanos y con el modo de vivir que ilumina ese conocimiento».

III. MOMENTO DE LECTURA CRÍTICA:

4. ¿Qué concepto de medicina plantea el texto? ¿Qué mensaje aportan la idea fundamental del texto y sus respectivos argumentos a su vida personal? Elabore un ensayo de una página.

REFERENCIA BIBLIOGRÁFICA:

Sellars, John. *Lecciones de estoicismo. Filosofía antigua para la vida moderna*. Bogotá: Taurus, 2021. pp. 15-23.

METODOLOGÍA DE LA EVALUACIÓN

- Lea atentamente la guía y organice sus ideas antes de escribir.
- Realice la actividad con su puño y letra.
- Tenga cuidado con la ortografía, la redacción y el orden de su trabajo.
- El trabajo se presenta en hojas de block sin rayas y con una margen imaginaria de 2 cm a cada lado.
- Realizar portada, teniendo en cuenta las normas de presentación de trabajos estudiadas en la clase de lengua castellana.

RECURSOS:

- Cuaderno de filosofía.
- Documento impreso.
- Hojas de block sin rayas.
- Lapicero negro para la presentación adecuada del trabajo.

OBSERVACIONES:

Para asignar la nota de este plan de mejoramiento, se debe realizar la respectiva sustentación. Recuerde hacer el trabajo a conciencia y con la mejor actitud.

FECHA DE ENTREGA DEL TRABAJO

**FECHA DE SUSTENTACIÓN Y/O
EVALUACIÓN**

NOMBRE DEL EDUCADOR

FIRMA DEL EDUCADOR

FIRMA DEL ESTUDIANTE

FIRMA DEL PADRE DE FAMILIA